

LA PAZ MUNDIAL

EL mundo se encuentra por primera vez en muchos años en estado de paz, a partir del alto el fuego en Vietnam: probablemente por primera vez en lo que se recuerda de historia humana. Es una paz precaria. En el mismo Vietnam parece que ha habido quince mil bajas —muertos y heridos— desde que se firmó el alto el fuego. Las muertes diarias del Ulster desde hace tantos años sobrepasan una situación de violencia momentánea, y envuelven a dos naciones, Gran Bretaña e Irlanda. La guerra está agazapada, con algún zarpaazo de cuando en cuando en el Oriente árabe y ronda muy seriamente en varias repúblicas africanas. Hay varios puntos en el mundo por donde esta pacificación incipiente puede romperse en cualquier momento. Estos datos, sin embargo, no son considerables. La idea de estado de paz debe referirse, sobre todo, a la decisión de mantenerla en las tres naciones hegemónicas —en sus zonas respectivas— del mundo, que son los Estados Unidos, China y la URSS. Durante muchos y muy difíciles años —a partir de la segunda guerra mundial y hasta hace escasamente una decena de años— parecían decididas a saltar unas sobre otras. Ya no es así.

CONVIENE saber por qué no es así. Se ha establecido como dogma que la guerra se ha hecho imposible como consecuencia del arma nuclear, que hacía que incluso la victoria fuese un mal negocio para quien la consiguiera. Este factor es, sin duda, real, pero no es el único. Ha podido ser muy trascendental la opinión pública o, si esta expresión suena demasiado académica y demasiado vaga, el instintivo movimiento de repulsa de las masas hacia la guerra en cualquiera de los momentos en que ha estado más próxima. Para calibrar la importancia de este movimiento y su presión real sobre los gobernantes —democráticos o no— del mundo tenemos muy próximo el ejemplo de Vietnam.

No han sido sólo los vietnamitas los que han disuadido a los Estados Unidos de emplear a fondo toda su fuerza en esa guerra ni siquiera el miedo a extenderla convirtiéndola en guerra mundial (¿hubieran de verdad aceptado una guerra mundial la URSS y China por defender a Vietnam si los Estados Unidos se hubiesen lanzado con toda su fuerza posible?), sino la retracción clara y decidida de la mayor parte de la opinión pública de los Estados Unidos y del mundo.

DURANTE los momentos más peligrosos de la guerra fría esta repulsa del mundo por la guerra se ha advertido continuamente, a pesar de los enormes gastos de «rearme moral», de propaganda, de «guerra de ondas» que se han hecho para mantener el mundo en estado de lucha. El famoso llamamiento de Estocolmo contra la bomba atómica, en 1947, las «marchas de la paz», los congresos mundiales de la paz, los llamamientos de los intelectuales han representado quizá un papel importante, pero tampoco ha sido la organización del pacifismo o el pacifismo militante lo que ha evitado la guerra, sino algo mucho más extenso, algo más difícil de definir: una especie de decisión general de no involucrase de nuevo en combates que se ha respirado en todo el mundo occidental y, sin duda, en el oriental. La oposición popular a la guerra tuvo probablemente su momento más importante en la víspera de la de 1914, y no consiguió evitarla; no se reanudó esta tendencia en la víspera de la segunda guerra mundial porque a ésta se la supo dotar de un carácter ideológico, y los pacifistas, nutridos esencialmente por las fuerzas de la izquierda —sobre la base teórica de que las guerras entre naciones dirimen intereses de los ricos, pero los que mueren y las pagan son los pobres—, consideraban que la lucha contra los fascismos era necesaria para su supervivencia. Pero reapareció inmediatamente después, y con enorme vigor.



Durante los momentos más peligrosos de la guerra fría, la repulsa general del mundo por la guerra se ha advertido continuamente. En la foto, los estudiantes de la Universidad de Oslo realizan una «sentada» ante la Embajada americana de la misma capital: «La amenaza de destruir el mundo no es una defensa, es una locura», dice el cartel.

HOY que la paz aparece, los pacifismos resultan algo desprestigiados, precisamente entre quienes los defendieron en los años de la guerra fría, y por la misma base teórica, pero invertida: la paz parece convenir hoy a los ricos —al gran capital—, y se hace o se estabiliza en detrimento de las clases desfavorecidas. Sobre todo, ampliando el concepto de clase social a las grandes zonas geográficas: la paz la hacen las naciones ricas a costa de las naciones pobres. Si considerables zonas de la izquierda son ahora reacias al pacifismo, hay muchas más y más poderosas en el mundo de la derecha. Si la guerra de Vietnam no ha terminado mucho antes, si los puntos de la coexistencia no se han llevado a cabo años atrás, ha sido, sobre todo, por la existencia desconfiada de sectores de la derecha. Son herederos de una cultura que supone que es preciso alcanzar el dominio, y que el dominio sólo se consigue por la utilización de la fuerza; les cuesta trabajo abandonarla. Podríamos llenar páginas y páginas de citas al alcance de la memoria y de la mano en defensa de la guerra. La de Von Moltke, según la cual, «sin la guerra, el mundo se hundiría en el materialismo», es muy típica y puede encontrarse hoy en esos sectores de opinión. No solamente en lo que se refiere a la política internacional, sino incluso en la forma de gobierno interior de las naciones. La religión de guerra y espiritualidad ha permanecido durante siglos, y el pensamiento pacifista es relativamente reciente.

LA reaparición de estas opiniones, las de los pacifistas conversos y las de los belicistas permanentes puede estar manteniendo todavía un estado de violencia. Una de las falacias más considerables de nuestro tiempo es la de mantener que hay «olas de violencia» o que la agresividad es más fuerte que nunca. En este aspecto, cualquier tiempo pasado fue mucho peor. Cualquier crónica de cualquier momento, cualquier relato histórico de cualquier lugar nos pondrá ante situaciones de violencia —violencia directa, popular, y violencia de Estado— mucho más extensas y mucho más intensas que las que se están conociendo ahora. Ni siquiera equiparando caso por caso. Es decir, que las largas y crueles luchas de Irlanda por conseguir su independencia de Gran Bretaña han sido mucho más violentas y duras que las que ahora se conocen en el Ulster; que la sangre vertida en el Oriente árabe en la lucha por la independencia y en la represión de esta lucha ha sido en el pasado mucho más abundante aún. Sin duda, toda violencia es reprochable, sea de Estado, de situación social o de acción directa; condenarla es condenar la relación entre todas las formas de violencia, y denunciarla es interesante siempre. Sobre todo, cuando no se hace con la sola intención de justificar la violencia represiva, como parece ser el objeto de las campañas actuales. La violencia suele ser el resultado de falta de salidas o de formas de acción legales por parte de un sector determinado, en la derecha o en la izquierda, en una clase o en otra.

EFECTIVAMENTE, la situación de guerra fría que comienza a disolverse ha creado unas estructuras en los dos bloques —o en los tres—, en las que se daban mínimas salidas a las oposiciones, a los grupos disidentes, a las mayorías; o incluso se convertía en minorías a las mayorías (aún se ve en Francia, en la víspera electoral, una forma de esa conversión de mayoría en minoría: la necesidad en que están los candidatos de la oposición de tres veces más votos que los gubernamentales para colocar un diputado en la Asamblea). La actual coexistencia ha salvado los grandes problemas entre los bloques —y aun los pequeños problemas—, pero apenas está comenzando a descongelar estas estructuras. La tendencia al regreso de la democracia que se está manifestando en Europa, el vaivén electoral que está colocando en los gobiernos a los socialistas o a los grupos liberales por encima de los conservadores que han dirigido los países durante tanto tiempo —y han sido los guardianes del «orden establecido»— son consecuencia directa de esa necesidad de cambiar las estructuras. Este tipo de movimiento está avanzando con rapidez, pero se encuentra con numerosas resistencias. Las de los intereses creados. Irán cayendo.

¿no? ¿Puede haber un salto atrás? Indudablemente, sí. Estamos en una situación, en una coyuntura. Pero lejos aún de los ideales de paz perpetua que inspiraron al abate Saint-Pierre o al filósofo Kant. Kant no era un optimista —el tópico le retrata como el filósofo del pesimismo—, y es interesante leer ahora algo de lo que escribió hace un par de siglos: «En lugar de la idea demasiado hermosa de una república mundial, sólo hay que pensar, si es que no se quiere perder todo, en el sucedáneo modesto de una alianza permanente y cada vez más completa para ver si es capaz de detener el torrente de las pasiones agresivas y enemigas del derecho, lo cual, desde luego, no hace abandonar el riesgo de sus rupturas». Al cabo de dos siglos estamos en esa línea de las alianzas permanentes, pero siempre en peligro de ruptura.

CAAMAÑO

Hacia 1966 se planteó en Hispanoamérica el conflicto entre la vía revolucionaria de la guerrilla —y su posterior evolución, el comando urbano— y los partidarios de la actuación legal, dentro del sistema: esta última era la tesis de los partidos comunistas oficiales ortodoxos. Enlazaba, en lo local, con la idea general de coexistencia pacífica emitida por la URSS. Para los partidos comunistas —y otras fuerzas de izquierdas—, la guerrilla sería fácilmente combatida y no tendría ocasión de prosperar. Poco después, la muerte del comandante Ernesto "Che" Guevara y el exterminio de la guerrilla boliviana parecía dar la razón prematura a los partidarios del sistema legal. Desde entonces, la guerrilla y el comando no han tenido la vida fácil. Los grandes éxitos de los tupamaros parecen extinguidos en Uruguay. Y la muerte de Francisco Caamaño en la República Dominicana a los pocos días de su desembarco con una breve guerrilla es el más reciente episodio de esta dificultad. La vía legal es la que dio el triunfo a Allende y la unidad popular en Chile, pero no al "Frente amplio" del Uruguay, y la que ha permitido el populismo de los coroneles peruanos, pero no el de los bolivianos. Allende atraviesa ahora un peligro grave en el terreno que ha elegido —las elecciones de marzo, legislativas, para los que tiene malos pronósticos—. La polémica no está dirimida.

En la muerte de Caamaño hay muchos puntos oscuros. El coronel Caamaño, hijo de un teniente general, se alzó en su país en 1965 para restablecer en el poder al Presidente constitucional Juan Bosch, derribado dos años antes por un golpe militar. Se proclamó Presidente provisional de la República para abrir un periodo, al final del cual regresaría Bosch. La Junta militar no hubiera tenido fuerza suficiente para oponerse; pero el Presidente Johnson envió sus "marines" por mar y aire —hasta 100.000— y

Caamaño fue vencido. Hubo un pacto, un arreglo. Godoy ocupó la Presidencia, y Caamaño fue alejado del país, destinado a la Embajada de Londres. En 1967 desapareció en La Haya. Se dijo después que había sido secuestrado y asesinado, que estaba en Caracas, que estaba en Cuba preparando una guerrilla (Cuba lo desmintió siempre). No se han tenido noticias fidedignas desde entonces. En la República Dominicana, su figura militar y política se había convertido en mito. El 3 de febrero, el Gobierno anunció que Caamaño había desembarcado en el país y se disponía a emprender una acción de guerrilla. Juan Bosch lo desmintió, y negó que tuviera relación alguna con Caamaño. En Madrid, Wessin y Wessin —el general que había sido enemigo de Caamaño y Bosch en 1965, pero que ahora estaba en el exilio y había iniciado un pacto con Bosch para presentar una oposición unida— lo negó igualmente y dijo que era una patraña gubernamental para deshacer a la oposición.

Sin embargo, el Gobierno ha anunciado ahora que las Fuerzas Armadas le dieron muerte, con dos de sus compañeros, en las montañas, y que ha sido enterrado ya. Aseguran que el reconocimiento de Caamaño ha sido hecho formalmente por los militares que le conocían bien —era su antiguo compañero de armas— y por las fotografías entregadas a los periódicos. No hay noticias de que la familia haya llegado a reconocer el cadáver. Uno de los rumores que circulan es el de que Caamaño fue muerto ya hace mucho tiempo —a raíz de su desaparición— y que las fotografías mostradas ahora son las obtenidas entonces. El invento serviría para poder acusar a la oposición de intento de insurrección armada, y desmantelarla. Por otra parte, nadie se explica cómo un hombre de la experiencia política y militar de Caamaño ha podido emprender una aventura con tan escasas posibilidades.

■ J. A.